El payador - mito y leyenda (Mitología latinoamericana)

Domingo S. Grande

Malabia 3291, 13°
(1425) Buenos Aires

La existencia de personas individuales, así como la de los pueblos se substancia, afirmándose en un sentido. Además de aquellas influencias que como especie biológica, los grupos humanos reciban en común, cada uno de ellos tiene una historia cultural que le es propia. Aparte de la inserción del hombre en el cosmos, se asienta este, en un terreno y un clima, que como espacio y tiempo particulares, lo obligan y le permite un desarrollo circunstancial.

La materia viva actúa como protagonista de un complicado proceso de desarrollo que importa cambios adaptativos, enfrentamientos con adversidades sostenidas con el medio y con otras comunidades vivas; recoge así, experiencia, es decir memoria genética de cada paso útil dado por sus antecesores que serán a su vez, encarnadas obligaciones de recuerdo activo. Una guirnalda de puntos genéticos condensan aquello memorable, que vertebrando su identidad como categorías instintivas profundamente determinantes, condicionarán su estilo singular, su modo de ser, su realidad óptica fundamental. Nuestro tránsito se cumple pues, con un fuerte equipo que es ciertamente, determinante, que si, está compuesto de memorias, pero que sobre todo, conoce lo que es, el denominador co-

mun, de toda huella hereditaria, nos referimos a la plasticidad adaptativa, que en primera instancia les dio lugar, y por fin nos propone además una especie de carril libre que cursamos como responsables de recrear la buena experiencia habida y de crear también modelos nuevos de vida.

Los hechos memorables comunes, de una comunidad, aquellos hechos relevantes que definen momentos decisivos, quedan ajustados a fechas y lugares, así la guerra o la batalla librada con éxito frente al enemigo común; las reglas que norman comportamientos saludables, la conservación venerada de instrumentos y costumbres, de hábitos y comidas, etc., se ordenan en prácticas cotidianas o periódicas, que rubrican los puntos señaladores de la identidad de cada grupo humano¹. Pero hay algo más que debemos destacar enseguida, es preciso distinguir los hechos comunes ordinarios, de aquellos otros extraordinarios. Es importante destacar la *moris* o costumbre, del hecho moral. Una buena costumbre no es todavía un hecho moral. Cuando de la observación de una regla o de la desatención de la misma, fuese en ello la vida o la muerte, ese principio, esa práctica o ese objeto, se sientan como fundamento sagrado. Los psicólogos sabemos que un buen objeto no es lo mismo que un objeto idealizado, los buenos objetos nos dejan espacio, nos permiten optar, pueden ser tomados o dejados sin exponer por ello la vida, en cambio, cuando ésta depende perentoriamente de la presencia o ausencia del objeto, cuando éste está llamado a conjurar el terror, deja entonces definitivamente de ser simplemente bueno, para devenir idealizado. (El pueblo judío atacado por la triquinosis, que la carne porcina transmite, prescribe con fuerza religiosa, la prohibición de comer carne de cerdo, en este caso se trata de la sacralización de una regla que ordena una práctica), pero los pueblos han divinizado también personas, objetos, animales, vegetales, instrumentos, etc. Dichos, sentencias, moralejas y aforismos por una parte, usos, costumbres, hábitos, armas e instrumentos de trabajo por otra, instalados sobre un dominio territorial definido, configuran los elementos que sirven de estructura a la identidad de una comunidad. El cotidiano de los pueblos primitivos se apoya y se realiza en el mito y en el rito, afirma su realidad ontológica en el mito activado en el ritual. Pero no hay en el hombre mítico un momento solemne durante el cual se recorte un hecho especial, ritual; tampoco habría memoria histórica de hechos capaces de recuerdos discursivos, no hay siquiera recuerdo (acordamos en esto con G.

1. Ritos - Costumbres - Fiestas.

Gusdorf) sino más bien un concurso fáctico, que asegura la actuación cotidiana en su proceder rítmico natural, en la puesta en marcha de su ser, fundido en los objetos de su cosmogonía... (Cada objeto es para el hombre mítico, un amuleto).

Lo que nos proponemos en el presente trabajo es el estudio de un personaje arquetípico, rastrear su génesis remota, procurando discriminar aquello que en él hubiera de universal y distinguirlo de aquello otro que nuestro payador tiene como personaje singular derivado e inserto en los hechos que hacen a nuestra historia.

Así como en toda latinoamérica, en nuestro suelo, después de la conquista, la población se compone de indígenas, extranjeros, criollos y mestizos. La cultura que el conquistador importa, tiene algunos aspectos fecundos y otros violadores, por eso obliga al nativo, a un ejercicio difícil de equilibrar, se lo admira y adopta en parte, se le teme y huye por otra y también se lo odia y se lo combate. Pero además se halla el indígena, obligado a revisar su propia cultura y se opera entonces en su mundo interno, un desencuentro conflictivo que parece ser la réplica especular del que describimos recién; a veces se aferra idealizando su cultura¹ como si el reverla importase su muerte, otras la rechaza de raíz, como si el preservar sus valores, lo expusiese a encierro limitante y mortal.

La busca de valores y señales que nos permitan cifrar nuestra identidad, descansa con el encuentro de prototipos; pero será tal vez mejor precisar la naturaleza de un paradigma que parece desde su fondo, nutrir a los demás.

Los argentinos nos referimos al General San Martín, llamándolo "padre de la patria". Nace en Yapeyú, corazón de la selva misionera, donde se asentaron las Misiones Jesuíticas primeras. Estudia y sigue la carrera de las armas en España, combate sirviendo al reino español y crece destacándose como oficial, dentro de las filas de sus ejércitos. Decimos que cuando supo de la inquietud de su patria (no necesitamos aclarar que nos referimos a la naciente Argentina), no dudó, se trasladó otra vez a América y puso su espada, conocimientos y experiencia, ahora al servicio del *suelo* nativo, que alentaba una causa opuesta a la del medio que le diera cultura militar. La lealtad a la *justicia del suelo*, se impuso a la de *la sangre* y a la de las fuentes de su formación técnica.² Pero lograda su

1. Un objeto o pauta útiles en un momento de la historia, por inercia derivada de una idealización patológica, suelen perdurar perjudicialmente.

2. El *ius solis* rige en los pueblos de inmigración. El *ius sanguinis* en los de dominante emigración.

misión (curioso enclave ortográfico y semántico con el nombre de su tierra natal...) viaja otra vez a Europa para retraerse y morir en Francia. Sus restos regresan luego a América (otra vez) y descansan por fin en su primera catedral.

Esta evocación tiene en este momento, un sentido especial, se trata de subrayar el hecho de *ser* y *estar*, a la vez en el *suelo* y en *la sangre*, en América y en Europa, en la obediencia y en la rebelión. Pero el asiento material entre dos mundos, el ir y el volver, conjugados en activo viceversa, acaba por resolver su contrapunto, con la radicación final del "padre de la patria", en su suelo. Se nos ocurre que aparte de sus méritos manifiestos y conocidos, es sobre todo, su elaboración exitosa personal, de un conflicto común a más de un sentir, lo que facilita el camino para que nuestro sentido común, centre en su persona el nombre de padre.

El payador (pagar es cantar en contrapunto) andariego y trovador se asienta en la leyenda, como personaje de silueta definida también, por el modo común de sentir de nuestro pueblo; muchos escritores se hacen cargo del modelo primero y lo hacen renacer entre páginas escritas de distinto modo, algunos como H. Ascabusi (1807—1875) imitando el uso de su idioma, desde dentro de la literatura gauchesca, se acercan al payador Santos Vega, hablando desde dentro de él, otros como Rafael Obligado (1851-1920) hacen un pasaje, claramente propuesto, al idioma culto y sintetizan con sofisticación lograda, a Santos Vega. Describe Obligado a los criollos del suelo *viendo* de hecho, la *sombra* de Santos Vega en todas partes a través de los tiempos¹. Vega aprovecha la llegada de la noche y su manto lo convierte en presencia y en mito vivo, en el espíritu del paisano, no ensoñación ni leyenda ni evocación literaria: (—"Cuando la tarde se inclina / sollozando en occidente corre una sombra doliente / sobre la pampa argentina"). En otro pasaje lo ve en la neblina que se despliega como nube sobre las lagunas del campo; (—"dicen los criollos del suelo, / que en tibia noche de luna / en solitaria laguna / para la sombra su vuelo / que allí se extiende / y un velo va sobre el agua formando..."). También lo encuentran en el "cruceiro del pozo"² de donde cuelgan la guitarra, esperando que durante la noche, las gotas de rocío, condensadas, caigan sobre las cuerdas desprendiendo sonidos "dicen que en noche nublada / si su guitarra algún mozo / en el cruceiro del pozo / deja de intento

1. Concordancia con R. Güiraldes que llama "Sombra" el resero que inmortalizó.

2. Cruceiro del pozo: Travesaño del aljibe campero, sistiene roldana y balde.

colgada / llega la *sombra* callada / y al envolverla en su manto / suena el preludio de un canto / entre las cuerdas dormidas..."). En las siestas calientes del estío pampeano, cuando el aire parece ondular y el fenómeno de reflexión total sorprende al criollo, vuelven a encontrarse con su Vega amado: (—"cuando en las siestas el estío / las brillazones remedan / vastos oleajes que ruedan / sobre fantástico río / mudo, abismado y *sombrío* / baja un jinete la falda...). Entre espejismos entreve al otro; (—"viendo al otro en los reflejos / de aquel abismo de espejos / siente indecibles quebrantos / y alzando en vez de sus cantos / una oración de ternura / al persignarse murmura / es el alma del viejo Santos..."). El rito de "santiguarse", lo acerca hasta fundirlo en "el otro" de presencia mítica. El rito, como lo propone Gusdorf, revive al mito sin esfuerzo en el hombre mítico, por su cerrada ligadura de contigüidad con él. Esta forma inmediata de vinculación mito-rito, tiene también vigencia latente en el hombre de otras culturas.

Pero un hecho, nos parece fundamental en la descripción de Obligado: Santos Vega libra en duelo, una payada última con el diablo, este lo vence y así lo obliga a morir. El último de los cuatro cantos que componen el poema, se llama "la muerte del payador" y trata sobre el encuentro en contrapunto con un representante del progreso civilizado, representante del modo como el criollo del suelo, vivía la llegada de hechos y medidas que en contrariedad frontal con su estilo de vida, lo obligaban a un cambio doloroso.

El ganado equino y bovino que había poblado el campo, terminó por hacerse salvaje, reproduciéndose en libertad y habitando el campo abierto de la pampa. Una ordenanza de F. de Alfaro hizo¹, al declarar bienes comunes al ganado alzado, que su apropiación fuese legal, de esa época surge seguramente, la afirmación difundida después en la literatura, de que hasta "el criollo más infeliz, tenía tropilla de un pelo...". Los campos abiertos y pródigos, la falta de alambrados que discriminen en precisión la propiedad privada, de aquella otra común, facilitaron el camino hacia la idealización de un momento de la historia y de un estilo de vida, evocado siempre como paraíso perdido. Tierra madre, rica y generosa, permitiendo a sus hijos una realización libre, imaginada sin límites... se presta de perlas, para que en polo contrapuesto, la justicia impuesta por virreyes y funcionarios, se viviese como la llegada del mismísimo demonio... Pero el ejercicio pleno de un complejo de Edipo

1. Cita de la prof. María Taboada - notas en Bibliografía.

simple y positivo, se establece con todo derecho, por así decir, cuando la estancia alambrada, busca peones entre el paisanaje, reclutándolos y condenándolos con nuevos reglamentos que legalmente los llama "vagos", obligándolos para no serlo, a la tenencia de una "papeleta" otorgada por "patrón conocido" que los prohijaba de facto... Su ser, su identidad, está ahora detenida en las manos de la justicia y también de la injusticia que lo mutila.

A la fantasía inconciente universal que aparece siempre como el deso de regresar a un período anterior a toda pérdida, sin adversidades ni adversario, se suma la letra fuerte de una historia próxima. Esta se inscribe sumando hechos y anécdotas sobre un sentimiento que día tras días, generación tras generación, fue sustanciándose en mito, reforzado por revocaciones rituales, simples, cotidianas. El payador define normalidad con su presencia y su saber, aforado en coplas; es también normativa su libertad y su andar a caballo midiendo la inmensidad de la pampa. En el segundo canto del poema, Obligado lo describe en tránsito al encuentro de su amor, ("La prenda del payador") seguro de que lo espera en "rancho de reluciente totora": (—"...lo ve venir, su mirada / más que la tarde serena / se cierra entonces sin pena / pues es todo su embelezamiento / que él la despierte de un beso / dado en la frente morena...").

Pero estas licencias sin trabas, son en realidad el producto de una disociación omitiva. Para un psicólogo, hay en verdad, dos payadores... el segundo, aparece de pronto, cuando fracasa la disociación: su presencia insolente cobra prestancia diabólica: (—"Y aunque el grupo en su estupor, detenerlo pretendía / llega, salta, lo desvía y sacude al payador..."). El duelo que se está por librar, cuenta ya, silenciado, dentro del saber del primer payador, con un vencedor que se impondrá más allá de sus esfuerzos. (—"Santos Vega oyó en suspenso al cantor y toda inquieta / sintió su alma de poeta como un aleteo inmenso..."). Presiente antes de la payada, lo que termina expresando inolvidablemente, Obligado: (—"Santos Vega se va a hundir en lo inmenso de estos llanos / lo han vencido, llegó hermanos, / el momento de morir...") Y luego en una especie de gemido apagado repite entregado: (—"Al dar Vega fin al canto / ya una triste noche oscura / desplegaba en la llanura / las tinieblas de su manto...").

El autor parece querer referirse al esfuerzo desesperanzado del Yo por sostener la distancia con el objeto disociado (es-

te se le acerca inevitablemente) ubicando la intención, opo- nente, en "el grupo" que "en su estupor, detenerlo pretendía" el estupor, señala la ansiedad persecutoria del Yo, al vislumbrar el debilitamiento de la defensa disociativa y probablemente "el grupo", como cantidad de personas, sugiere la intensidad del cometido. Pero el intruso vence las barreras y se instala imponente. Obligado lo señala con cuatro verbos formidables que no dejan lugar a duda, respecto a la perturbación que causa la reintroyección brusca: "llega, salta, lo desvía y sacude al payador", antes también lo había anunciado: (—"...turba entonces, el sagrado / silencio que a Vega cerca, / un jinete que se acerca / a la carrera lanzado...").

Nós pareció que R. Obligado, daba justa cuenta, de una realidad mítica, que está sustanciada en la esencia de la identidad del criollo argentino. También en otras muestras ricas de nuestra literatura se alude a este conflicto básico y a un modo peculiar del planteárnoslo. En el Martín Fierro de José Hernández, el protagonista es despojado de todo, caballo, rancho y mujer... y forzado a servir en la lucha que en la frontera, se libra contra el indio; aún allí es maltratado por la autoridad que insiste en ignorarlo y termina sujetándolo en una estacada. Fierro logra huir, se hace gaucho matrero y acosado por sus perseguidores, se refugia entre la indiana rebelde que lo acepta. Este es en el poema, su ida al desierto, desierto fuera y desierto dentro (brulado, alejado de su mujer e hijos). Queda sin nombre: (—"...dentro en todos los baruyos pero en las listas no dentro...") Le quedan como tesoro inalienable, su compañero de desgracia llamado Cruz... y la fuerza de un juramento salvaje que intenta devolverle alguna consistencia terminal a su autoestima: (—"...y juré no respetar, de Dios abajo a ninguno..."). Es sobre el espíritu de esa decisión que se hace "gaucho malo"... En los confines del desierto se funde con el "infidel" ... Cual es la justicia que exige su fidelidad? En un momento, refiriéndose a malos pasos de la autoridad, y habiéndolos descubierto nos dice: (—"aunque son gringos de embroyo, les he maliciado el juego...") Entre los salvajes, es testigo de experiencias de tal crueldad, que lo obligan a refugiarse horroizado, en lo cristiano de su identidad. En un momento un indio castiga a una mujer cuyo hijo acaba de degollar, se identifica con la víctima y matando al indio tiene que huir de la tol- dería. Ahí prepara su vuelta a la civilización, para terminar revisando, reunido a sus hijos y a los de Cruz, las pérdidas y las injusticias vividas y también sus sentimientos de culpa y hasta

las acusaciones reales por sus delitos cometidos.

También él, en una payada final, entra en contrapunto con un familiar de una de sus víctimas, en última instancia ese encuentro inesperado lo vincula con una violencia que no le es ajena...

Diríamos que hay idas y vueltas tanto al desierto cuanto al salvaje de fuera y de dentro... que el acercarse a la civilización está dificultado por dentro y por fuera del self, en un vaivén dialéctico característico. Así como Santos Vega acepta su derrota y reconoce validez a las coplas de su último rival: (—“...cantó tristes nunca oídos/ cantó cielos no escuchados/ que llevaban derramados/ la embriaguez a los sentidos...”) (—“...la visión ennoblecida / del trabajo antes no honrado / la promesa del arado / que abre cauces a la vida...”). Así también Fierro termina aceptando una payada en la que va a ser reprimado...

Sabemos que las palabras en las que se organiza la acusación, parten del preconciente, el yo las hace provenir como llegando desde el mundo externo, pero entendemos analíticamente que se ensaya de este modo, una defensa contra un hecho insoportable, en un intento esforzado por alejar el dolor mental y conciliar silencio en el psiquismo; se sostiene a raya, fuera, una impureza que queremos ajena. Todo ocurre siempre, como si el extranjero llegase a perturbar nuestro mundo; se centran en él, las denuncias de todo lo malo; se purifica así, hasta la idealización, una vida que no reconoce pérdidas ni achaques, ni violencias propias. Aparte del juicio adecuado que señale en el conquistador, primero y en el acto colonial luego, toda suerte de abusos violadores, se lo sobrecarga con propias partes indeseables en el mundo interno, que terminan haciendo imposible o catastrófico cualquier reencuentro integrador. En la última décima de su poema nos dice Obligado: (—“Ni aún cenizas en el suelo de Santos Vega quedaron / y los años dispensaron / los testigos de aquel duelo / pero un viejo y noble abuelo / así el cuento terminó / “y si cantando murió / aquel que vivió cantando fue, decía suspirando / porque el diablo lo venció”). Entendemos que se preserva intacto, es decir libre de todo lo diabólico, el mito puro; aún siendo “viejo” el cronista... resiste a una integración armónica como diciéndonos: Santos, está vencido por algo, alguien, definitivamente, impuro...

Entendemos que la cultura sigue hoy, proviniendo de una sociedad en la que se tiende a confundir la inteligencia del

hombre, con su rendimiento técnico y su presencia moral, con la eficacia productiva... entendemos que de este modo se siguen haciendo méritos para dificultar nuestra confiada aceptación al intercambio. Así el espíritu de nuestro payador sigue teniendo, dentro nuestro, voz vigente que nos previene desde lo íntimo de nuestra identidad, contra el peligro de identificaciones apresuradas, actúa como una clave privada, que nos negamos a comerciar como una mercancía más. Es cierto que algo de la desconfianza del indio, nos presiona desde dentro, pero también es cierto que mucho de su prudencia tiene el sabor de la sabiduría y de ese modo llega a nosotros en nuestro cotidiano, sin que tomemos conciencia de ello, al modo como sus ritos se articulan en el hombre primitivo.

Esta permanencia interna de valores vigentes como personajes, confiere colorido de eternidad a los mismos, son pues re-suscitados... redivivos en “resurrecciones” que se proponen ante nosotros con consistencia material... Quizá valga, intentar caracterizar desde este ángulo de visión a arquetipos como el cantor Carlos Gardel. Francés de nacimiento (1890) cobra ciudadanía argentina definitiva, desde todo punto de vista. Para entenderlo como reaparición, vale la pena recordar hechos básicos que lo preceden y coinciden con su presencia.

El hombre de campo no llega de pleno al centro de la ciudad; cuando se acerca como resero, tropero de carretas, matarife o proveedor del “abasto”, queda de hecho en las márgenes de la misma; dejando su caballo, su lazo, sus boleadoras y hasta su cuchillo, como condición de ingreso, se siente despojado de sus atributos definitorios, de instrumentos de trabajo, de lo que le es distintivo, queda pues marginado, orillero de hecho, no se trata de una renuncia optativa sino de una privación fáctica; a lo lejos ve al hombre culto como a un otro, distante y revive la vieja sensación de quebranto, de duelo perdido antes de empezar... Esta convicción íntima de vencido, mutila en él la esperanza de centrar como padre, una familia, en el colmo de su convicción de perdedor se siente impotente para retener a una mujer a su lado... Tal vez allí, el tango como una música llegadora desde los confines de su desierto interno, se encarna en él y en su grupo humano como copla y documento de una payada que se va perdiendo.

En otros momentos, alucina potencia, reubica cuchillo en su cintura y taconeando veredas con fuerza prestada por alguna identificación con el perseguidor, se siente capaz de “cachetear una pebeta” mientras pita un pucho, calza “funyi

ladeo", hace de mediador de algún político fortachón o de "taura", en el conventillo o en el quilombo. Dice una milonga conocida: ("...cuando tú pasas coqueteando por la calle, repiqueteando tu taquito en la vereda, se oyen compaces de cadencia melodiosa, de una milonga pretenciosa y callejera...") Es el ritmo compadrón de la milonga que aparece contrapuesto al más reflexivo y nostálgico del tango.

Es oportuno recordar que Gardel en sus primeras representaciones oficiales, lo hace vestido de gaucho, con botas, chiripá, y rastra, es cierto también que nunca superó la "pinta de gaucho de carnaval" como lo denunciaron entonces, algunos cultores del género gauchesco: aunque enseguida dejó ese atuendo, lo cierto es que lo ensayó, diríamos, en un intento ingenuo por hacer llegar al gaucho a la ciudad sin quitarle ni agregarles nada...

La verdadera metamorfosis se opera de todos modos: el criollo de la ciudad, desde los lupanares orilleros hasta los salones del centro, lo escuchan y lo veneran como a una voz, como a la voz de presencia intemporal: "El morocho del abasto" "el francesito", sin padre que lo reconozca... aparece como nutrido de la savia de los viejos payadores, luego consigue abrir las puertas del puerto porteño¹ y también el reconocimiento aprobador de París y otros mundos, que le devuelven, afiliándolo, un nombre importante anhelado en secreto, como un triunfo reivindicador que míticamente lo compense, nos compense del dolor de tantas payadas perdidas...

Si fuese solamente una leyenda de elaboración intelectual desprendida de su entraña mítica, probablemente estaría confinada al olvido rápido, pero se trata de lo opuesto. A medio siglo de su muerte trágica, la gente repite al escuchar sus grabaciones: "canta cada día mejor..." Tal vez, este enunciado, tenga la validez de un rito conjurado al amparo de un mito, entre el quehacer de todos los días.

A otros cantores que alcanzaron fuerte reconocimiento popular, después de muertos, se les extiende el apelativo de "últimos payadores". Así pasaron a "consagrarse" J. Sosa y E. Rivero. Sugerimos que aparecen como representantes de una payada larga y tendida en el tiempo, como una reconciliación integradora intentada y abandonada sucesivamente, como si siguiéramos esperando, que del otro lado, una civiliza-

1. Puerta, puerto y porteño, términos que ligados y sumados quieren poner énfasis al hecho de que así Bs. As. como el estuario del Plata obran como aperturas dispuestas hacia el mundo europeo.

ción benigna nos haga menos duro el encuentro y así amenaguase, al mismo tiempo, nuestras proyecciones diabólicas...

RESUMEN

Sobre la tendencia fantástica universal a idealizar un período de la historia individual o grupal, transitado por personajes que viven sin pérdidas ni contrariedades; período anterior al trauma del nacimiento o período durante el cual la tierra ubérrima prodiga naturalmente todos sus bienes a hombres que la habitan en fraternidad, sin conflictos, se instala la realidad material de una historia plena de luchas externas y conflictos internos.

Trabajando sobre todo, la leyenda del payador Santos Vega (Obligado-Ascasubi) vemos a éste como tendiendo a permanecer en un mundo idealizado, antes de todo enfrentamiento con las exigencias de la civilización industrial. En "contrapunto", sostiene una payada terminal con el demonio que la representa; este lo vence y lo obliga a retirarse y morir.

Pero la lucha, sostenida en duradero contrapunto con la cultura europea que llega a América con riquezas fecundas y también con prácticas violatorias, parece obligar al hombre latinoamericano a aceptarla por una parte, a desconfiarle por otra y también a combatirla activamente para poder nacer con identidad propia.

Otro contrapunto no manifiesto, se libra con fantasmas, dentro del mundo interno del indígena, quien para aceptar su ser sin cuestionamiento alguno, debe idealizarlo, sosteniendo alejada, en fuerte disociación, toda fantasía propia (diabólica) que lo invitase a una revisión ontológica.

Cada día, la vida moderna reaviva en el hombre su conflicto adaptativo; así nuestro cotidiano se cumpliría con reevocaciones de un mito que muy lejos de nuestra conciencia, sigue "resucitando" dentro y fuera nuestro a payadores cuyas voces parecen (se dice) "cantar cada vez mejor...", como tendiendo a eternizarse entre nosotros.

SUMMARY

On the fantastic universal tendency to idealize a period of individual or group history walked through by personages who live without losses or contrarities; a former period to the trauma of birth or the one in which the fruitful earth naturally lavishes all its good to men who inhabit it in fraternity, without conflicts, the material reality of a history full of external struggles and internal conflicts is settled down.

Working above all on the payador Santos Vega's legend, we see him tending to remain in an idealized world, rather than facing the industrial civilization demands. In "counterpoint" he has a final payada with the devil who represents it. He is beaten and compelled to withdraw and die.

But the struggle held on lasting counterpoint with european culture that comes To America with fertile riches and violating practices, seems to oblige the latin american man to accept it on the one hand, to distrust it on the other hand and also to combat it actively to be able to be born with his own identity.

Another not obvious counterpoint takes place with ghosts in internal world of the indian who, in order to accept his own being without any question, must idealize it, keeping away in strong dissociation all his own fantasy (a diabolic one) which could invite him to an ontological review.

Every day, modern life revives in man his adaptative conflict; so our every-

day would be carried out with re-evocations of a myth wich far away from our conscience goes on "resuscitating" inside and outside ourselves payadores whose voice seem (it is said) "tosing each time better...", as if they tended to immortalize among us.

RÉSUMÉ

C'est sur la tendance fantastique universelle à idéaliser une période de l'histoire de l'individu ou du groupe pendant laquelle des personnages vivent sans pertes ni contrariétés; période antérieure au trauma de la naissance, période où la terre féconde prodigue naturellement tous ses biens aux hommes qui l'habitent en fraternité, sans conflits, c'est sur cette tendance que s'installe la réalité matérielle d'une histoire pleine de luttes externes et de conflits internes.

De l'étude approfondie des légendes, tout spécialement celle du payador Santos Vega, nous observons que celui-ci a tendu demeurer dans un monde idéalisé avant de faire face aux exigences de la civilisation industrielle. En "contrepoint" i soutient une "payada" terminale avec la démon qui la représente, le démon est le vainqueur et l'oblige à retirer et à mourir.

Mais la lutte, soutenue para un contrepoint prolongé avec la culture européenne qui arrive en Amérique apportant des richesses fécondes mais aussi des pratiques violatoires, semble d'un côté, obliger l'homme latino-américain à l'accepter et d'un autre, à s'en méfier, et même aussi à la combattre activement afin de pouvoir naître avec une propre identité.

Un autre contrepoint non manifesté, s'établit avec des fantasmés, dans le monde interne de l'indigène, qui pour accepter son *être* sans se formuler aucune question, doit l'idéaliser, en maintenant éloigné et fortement dissocié, tout fantasma propre (diabolique) qui pourrait l'inviter à une revision ontologique.

Jour à jour, la vie modern semble raviver dans l'homme son conflit d'adaptation; ainsi notre vie quotidienne s'accomplirait par de ré-évocations d'un mythe qui bien loin de notre conscience, continue à "réssusciter" en nous et hors de nous, nos payadores dont les voix semblent (on le dit) "chanter de mieux en mieux", comme si elles voulaient s'éterniser parmi nous.

BIBLIOGRAFÍA

- ASCASUBÍ HILARIO - "Santos Vega". Ed. Centro Ed. de A. Lat. Bs. As. (X-1979).
 CASULO NICOLÁS - "Las dos caras de la utopía" - Diario Clarín Bs. As. - (X) (30-I-1986).
 DE CAVALHO NETO PAULO - "Folklore y ps. análisis". Ed. Psiquis Bs. As. (V-1956).
 D'ALESSANDRO NICOLÁS - Versos en memoria de Edmundo Rivero - Diario Clarín - (30-I-1986).
 GUIRALDES JUAN JOSÉ - "Como conocía a Ricardo Güiraldes" Diario La Nación - Bs. As. (16-II-86).
 GUSDORF GEORGES - "Mito y Metafísica" Ed. Nova - Bs. As. (IX-1960)
 LACAU, MARIA HORTENSIA - S. Vega, estudio preliminar Ed. Kapelusz Bs. As. (1965)
 OBLIGADO RAFAEL - "Santos Vega" - Ed. Kapelusz - Bs. As. (1965).
 ORGAMBIDE P. - "Gardel y la patria del mito", Ed. Legasa, Bs. As. (1985-VI).
 SABATO ERNESTO - Notas sobre el centenario de R. Güiraldes - "La Nación" - Bs. As. (16-II-86).
 TABOADA MARÍA - Prólogo del S. Vega - Ascasubí - Centr. Edit. de A. Lat. Bs. As. (1979-X).